

## RECURSOS TECNO-CIENTIFICOS QUE SE CONJUGAN EN EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Por MIGUEL A. MARTÍNEZ G.\*

En la historia de la evolución técnica y científica de la humanidad los descubrimientos y los inventos se hallan estrechamente vinculados.

La navegación a vela hizo posible descubrir la energía del viento, vital para la propulsión de las naves desde los albores de la navegación. Sin el auxilio del velamen, hacerse a la mar quedaba entre las empresas que no era dable acometer. Con la vela se llegó al conocimiento de la dirección del viento. En la construcción de grandes embarcaciones el antiguo tipo usado muy especialmente por españoles y portuguesas era la carabela, propulsada por velas. Muy ligera con una sola cubierta y popa llana. Su aparejo constaba de tres mástiles, con el central más alto que los otros dos y provisto de cofa; llevaba vergas para las velas cuadradas, excepto en el mástil posterior, que llevaba entena para una vela latina. En el bauprés se ponía también una vela cuadrada, que quedaba fuera de la nave. Naturalmente esta disposición se alteraba a veces un tanto, según los lugares y según el tamaño de la embarcación. Por ejemplo la *Pinta* sólo llevaba velas latinas. De las naos de este tipo que formaron la pequeña flota del Descubrimiento —*Pinta*, *Niña* y *Santa María*— la *Santa María* era la mayor de las tres, única con cubierta y desplazaba 170 toneladas. Cristóbal Colón no duda en elegir las carabelas como las más idóneas, tomando en cuenta sus especiales características: eran rápidas, ya lo hemos dicho, tenían la capacidad de navegar con toda clase de vientos, lo mismo que cortar las aguas del Atlántico y lo bastante poco profundas para hacerlo muy cerca de la costa. Los marineros podían hallar su latitud y a qué distancia estaban por el Norte o por el Sur del ecuador, con instrumentos como el sextante o el astrolabio. Con estos instrumentos medían la altura del Sol del mediodía o de una estrella, normalmente la Estrella Polar. Se dice que Cristóbal Colón no utilizó el astrolabio para sus comprobaciones. El explorador francés y notable marino Jean Baptiste Charcot disiente de esta opinión y en cambio observa que sin la invención del astrolabio no se hubiera podido descubrir la América.

---

\* Adscrito al Departamento de Investigaciones Históricas de la Academia Nacional de la Historia.

Cuando nace la aventura de atravesar el mar se emplea la brújula para fijar el rumbo. La brújula en su más antigua y difundida aplicación sirve para indicar la dirección de la ruta en el mar, consistente en un círculo dividido en cuyo centro gira una aguja imantada que se dirige siempre hacia el Norte. El círculo que recorre la aguja está fraccionado en 32 partes iguales y se llama *Rosa de los Vientos*.

Además de los instrumentos señalados se contaba con el catalejo o anteojo larga vista que sirve para tener una visión más clara de los objetos lejanos. Está constituido por un tubo de longitud variable, con dos lentes (o sistemas de lentes) en sus extremos: uno es el objetivo y el otro es el ocular. Las características de un anteojo de larga vista son las siguientes: el aumento, el poder resolutivo y el campo.

Para seguir la derrota se utilizaban mapas o cartas marinas. Es bien sabido que esta clase de documentos gráficos sobre los viajes de Colón aparecen con la firma del hábil cosmógrafo florentino Américo Vesputio, del que se origina el nombre de América dado al Nuevo Mundo, ganando la primacía del Descubrimiento.

Cristóbal Colón realiza su primer viaje, relativamente con escasos recursos, por lo que parece milagroso —a juicio de los técnicos modernos— el ingenio y la pericia de la tripulación para vencer las dificultades, siendo lógico pensar, con todo y ello, que si se logra llevar a cabo la magna empresa de atravesar el mar océano, es debido a la experiencia y grandes conocimientos del genovés.

Colón también llevaba un reloj de arena o ampollita que era el reloj de a bordo. Otro instrumento que figuraba en su bagaje recibe el nombre del escandallo, consistente en un cilindro de plomo atado al extremo de una cuerda larga y fina llamada sondalesa, que se divide en brazas y hasta hace poco se usaba para medir la profundidad del agua en los países angloparlantes. El sondeador enrollaba la sondalesa y lanzaba el escandallo muy hacia adelante, de manera que el barco pudiera seguir avanzando. A medida que la cuerda pasaba por sus dedos, se fijaba en las marcas. Cuando el escandallo tocaba fondo se voceaba el número de brazas de cuerda que había corrido.

Según el citado Charcot, Colón poseía un pequeño instrumento, sencillo en su estructura, llamado el nocturlabio y el cual permitía saber, en cualquier momento de la noche, cuánto se encontraba la Estrella Polar por debajo o por encima del polo, y por lo tanto servía para conocer la hora.

Cristóbal Colón desde el comienzo de su viaje llevaba en dos registros el *Diario de Navegación*. En uno de ellos, secretamente custodiado, anotaba las estimaciones reales de las distancias recorridas cada día; y en el otro, comunicado a la tripulación, ponía cifras bastante por debajo de las anteriores para no inquietarla si se alargaba de la ruta. Del *Diario de Navegación* de Cristóbal Colón puede afirmarse que es uno de los documentos más impresionantes de la historia de la humanidad y, sin discusión alguna, el más importante de la historia de las navegaciones y de los descubrimientos. Gracias a dicho *Diario* hoy se pueden tener detalles fidedignos de la travesía, desde que la expedición colombina sale del puerto de Palos de Moguer hasta que llega a las costas del Continente descubierto. Como

es natural pues, el primer documento que existe sobre lo que luego se llamó América está escrito en español. Su texto íntegro se ha perdido, pero afortunadamente Fray Bartolomé de las Casas lo compendió y reprodujo literalmente en algunos de sus pasajes. A pesar del estilo inhábil y a veces tosco, en la prosa del Almirante, palpita en ella una emoción que cuadra perfectamente con la trascendencia de lo que se va narrando y hay notas poéticas muy en consonancia con el estado de ánimo de los primeros hombres civilizados que se encuentran ante el prodigio de un mundo nuevo.

#### DIARIO DE NAVEGACION DE CRISTOBAL COLON\*

##### *En alta mar*

Lunes, 6 de agosto. Saltó o desencajóse el gobernario a la carabela Pinta donde iba Martín Alonso Pinzón, a lo que se creyó y sospechó por industria de un tal Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, cuya era la carabela, porque le pesaba ir aquel viaje; y dice el Almirante que antes que partiese habían hallado en ciertos deveses y grisquetas, como dicen, a los dichos. Viose allí el Almirante en gran turbación por no poder ayudar a la dicha carabela sin su peligro, y dice que alguna pena perdía con saber que Martín Alonso Pinzón era persona esforzada y de buen ingenio. En fin, anduvieron entre día y noche veintinueve leguas.

Martes, 7 de agosto. Tornóse a saltar el gobernalle a la Pinta y adobaronlo y anduvieron en demanda de la isla de Lanzarote, que es una de las islas de Canarias, y anduvieron entre día y noche veinticinco leguas.

Miércoles, 8 de agosto. Hubo entre los pilotos de las tres carabelas opiniones diversas dónde estaban, y el Almirante salió más verdadero: y quisiera ir a Gran Canaria por dejar la carabela Pinta, porque iba mal acondicionada del gobernario y hacía agua, y quisiera tomar allí otra si la hallara. No pudieron tomarla aquel día. . .

Jueves, 6 de septiembre. Partió aquel día por la mañana del puerto de la Gomera y tomó la vuelta para ir a su viaje. Y supo el Almirante de una carabela que venía de la isla del Hierro, que andaban por allí tres carabelas de Portugal para lo tomar. Debía ser envidia que el Rey de Portugal tenía por haberse ido el Almirante a Castilla. Y anduvo todo aquel día y noche en calma, y a la mañana se halló entre la Gomera y Tenerife. . .

Lunes, 10 de septiembre. En aquel día con su noche anduvo sesenta leguas, a diez millas por hora, que son dos leguas y media; pero no contaba sino cuarenta y ocho leguas, porque no se asombrase la gente si el viaje fuese largo.

Martes, 11 de septiembre. Aquel día navegaron a su vía, que era el Oeste, y anduvieron veinte leguas y más, y vieron un gran trozo de mástel de nao,

de ciento y veinte toneles, y no lo pudieron tomar. La noche anduvieron cerca de veinte leguas, y contó el Almirante no más de diez y seis por la causa dicha.

Miércoles, 12 de septiembre. Aquel día, yendo su vía, anduvieron en noche y día treinta y tres leguas, contando menos por la dicha causa...

Viernes, 14 de septiembre. Navegaron aquel día su camino al Oeste con su noche, y anduvieron veinte leguas; contó alguna menos. Aquí dijeron los de la carabela Niña que habían visto un garjao y un rabo de junco; y estas aves nunca se apartan de tierra cuando más veinticinco leguas.

Sábado, 15 de septiembre. Navegó aquel día con su noche veintisiete leguas su camino al Oeste y algunas más. Y en esta noche al principio de ella vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego en la mar, lejos de ellos cuatro o cinco leguas.

Domingo, 16 de septiembre. Navegó aquel día y la noche a su camino al Oeste. Andarían treinta y nueve leguas, pero no contó sino treinta y seis.

#### *Mar de los Sargazos*

Tuvo aquel día algunos nublados, llovizó. Dice aquí el Almirante que hoy y siempre de allí en adelante encontraron aires temperamentísimos, que era placer grande el gusto de las mañanas, que no faltaba sino oír ruiseñores. Dice él: “y era el tiempo como abril en el Andalucía”. Aquí comenzaron a ver muchas manadas de hierba muy verde que poco había, según le parecía, que se había despegado de tierra, por lo cual todos juzgaban que estaba cerca alguna isla; pero no de tierra firme, según el Almirante que dice: “por la tierra firme hago más adelante”.

Lunes, 17 de septiembre. Navegó a su camino el Oeste, y andarían en día y noche cincuenta leguas y más. No asentó sino cuarenta y siete. Ayudábales la corriente. Vieron mucha hierba y muy amenudo y era hierba de peñas y venía la hierba hacia Poniente. Juzgaban estar cerca de tierra. Tomaron los pilotos el Norte marcándolo y hallaron que las agujas noruesteban una gran cuarta, y temían los marineros y estaban penados y no decían de qué. Conoció el Almirante; mandó que tornasen a marcar el Norte en amaneciendo, y hallaron que estaban buenas las agujas. La causa fue por la estrella que parece hacer movimiento, y no las agujas. En amaneciendo aquel lunes vieron muchas más hierbas y que parecían hierbas de ríos en las cuales hallaron un cangrejo vivo, el cual guardó el Almirante. Y dice que aquellas fueron señales ciertas de tierra, porque no se hallan a ochenta leguas de tierra. El agua de la mar hallaban menos salada desde que salieron de las Canarias; los aires siempre más suaves. Iban muy alegres todos, y los navíos quien más podía andar andaba por ver primero tierra. Vieron muchas toninas y los de la Niña mataron una. Dice aquí el Almirante que aquellas señales eran del Poniente “donde espero en aquel

alto Dios en cuyas manos están todas las victorias, que muy presto nos dará tierra”. En aquella mañana dice que vio un ave blanca que se llama *rabo de junco*, que no suele dormir en la mar.

Martes, 18 de septiembre. Navegó aquel día con su noche, y andaría más de cincuenta y cinco leguas, pero no asentó sino cuarenta y ocho. Llevaba todos estos días mar muy bonanza, como en el río de Sevilla. Este día Martín Alonso, con la Pinta, que era gran velera, no esperó, porque dijo al Almirante desde su carabela que había visto gran multitud de aves ir hacia Poniente, y que aquella noche esperaba ver tierra y por eso andaba tanto. Apareció a la parte Norte una gran cerrazón, que es señal de estar sobre la tierra.

Miércoles, 19 de septiembre. Navegó su camino, y entre día y noche andarían veinticinco leguas, porque tuvieron calma. Escribió veintidos. Este día, a las diez horas vino a la nao un alcatraz, y a la tarde vieron otro, que no suele apartarse veinte leguas de tierra. Vinieron unos llovizneros sin viento, lo que es señal cierta de tierra...

Sábado, 22 de septiembre. Navegó al Ouesnorueste más o menos acostándose a una y otra parte. Andarían treinta leguas. No veían casi hierba. Vieron unas pardelas y otra ave. Dice aquí el Almirante: “Mucho me fue necesario oír este viento contrario, porque mi gente andaban muy estimulados que pensaban que no ventaban estos mares vientos para volver a España”. Por un pedazo de día no hubo hierba; después, muy espesa.

Domingo, 23 de septiembre. Navegó al Norueste y a las veces a la cuarta del Norte y a las veces a su camino, que era el Oeste; y andaría hasta veintidos leguas. Vieron una tórtola, un alcatraz, otro pajarito de río y otras aves blancas. Las hierbas eran muchas y hallaban cangrejos en ellas. Y como la mar estuviere mansa y llana, murmuraba la gente diciendo: que pues por allí no había mar grande, que nunca ventaría para volver a España; pero después alzóse mucho la mar y sin viento, que los asombraba, por lo cual dice aquí el Almirante: “Así que muy necesario me fue la mar alta, que no pareció, salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto contra Moisés, que los sacaba de captiverio”...

Martes, 25 de septiembre. Este día hubo mucha calma y después ventó; y fueron su camino al Oeste hasta la noche. Iba hablando el Almirante con Martín Alonso Pinzón, capitán de la otra carabela Pinta, sobre una carta que le había enviado, tres días hacía, a la carabela, donde según parece tenía pintadas el Almirante ciertas islas por aquella mar. Y decía Martín Alonso que estaban en aquella comarca, y decía el Almirante que así le parecía a él; pero, puesto que no hubiesen dado con ellas, lo debía haber causado las corrientes que siempre habían echado los navíos al Nordeste, y que no habían andado tanto como los pilotos decían. Y, estando en esto, dijo el Almirante que le enviase la carta dicha. Y, enviada con alguna cuerda, comenzó el Almirante a cartear en ella con su piloto y marineros. Al sol puesto subió el Martín Alonso en la popa de su navío

y con mucha alegría llamó al Almirante pidiéndole albricias pues veía tierra. Y cuando se lo oyó decir con afirmación, el Almirante dice que se echó a dar gracias a Nuestro Señor de rodillas, y el Martín Alonso decía Gloria in excelsis Deo con su gente. Lo mismo hizo la gente del Almirante; y los de la Niña subiéronse todos sobre el mastil y en la jarcia, y todos afirmaron que era tierra. Y al Almirante así pareció y que habría a ella veinticuatro leguas. Estuvieron hasta la noche afirmando todos ser tierra. Mandó el Almirante dejar su camino, que era al Oueste, y que fuesen todos al sudueste, adonde había aparecido la tierra. Habrían andado aquel día al Oueste cuatro leguas y media, y en la noche al Sudueste diez y siete leguas, que son veintiuna, pero decía a la gente trece leguas porque siempre fingía a la gente que hacía poco camino porque no les pareciese largo; de manera que escribió por dos caminos aquel viaje, el menor fue el fingido y el mayor, verdadero. Anduvo la mar muy llana, por lo cual se echaron a nadar muchos marineros. Vieron muchos dorados y otros peces.

Miércoles, 26 de septiembre. Navegó a su camino al Oueste hasta después de medio día. De allí fueron al Sudueste hasta conocer que lo que decían que había sido tierra no lo era, sino cielo. Anduvieron día y noche treinta y una leguas, y contó a la gente veinticuatro. La mar era como un río, los aires dulces y suavísimos.

### *El descubrimiento*

Jueves, 11 de octubre. Navegó al Ouestesudeste. Tuvieron mucha mar, y más que en todo el viaje habían tenido. Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao. Vieron los de la carabela Pinta una caña y un palo y tomaron otro palillo labrado, a lo que parecía, con hierro, y un pedazo de caña y otra hierba que nace en tierra, y una tablilla. Los de la carabela Niña también vieron otras señales de tierra y un palillo cargado de escaramojos. Con estas señales respiraron y alegráronse todos. Anduvieron en este día, hasta puesto el sol, veintisiete leguas.

Después del sol puesto, navegó a su primer camino al Oueste; andarían doce millas cada hora; y hasta dos horas después de media noche andarían noventa millas, que son veintidos leguas y media. Y porque la carabela Pinta era más velera e iba delante del Almirante, halló tierra e hizo las señales que el Almirante había mandado. Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana; puesto que el Almirante a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre, aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra; pero llamó a Pedro Gutiérrez, repostero de estrados del Rey, y dijo que parecía lumbre; que mirase él, y así lo hizo y vidola. Díjole también a Rodrigo Sánchez de Segovia, que el Rey y la Reina enviaban en el armada por veedor, el cual no vido nada porque no estaba en lugar do la pudiese ver. Después que

el Almirante lo dijo, se vido una vez o dos, y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra. Pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra. Por lo cual dijeron la Salve, que la acostumbraban decir e cantar a su manera todos los marineros... y rogó y amonestólos el Almirante que hicieran buena guarda al castillo de proa y mirasen bien por la tierra, y que al que le dijese primero que veía tierra le daría luego un jubón de seda, sin las otras mercedes que los Reyes habían prometido, que eran diez mil maravedís de juro a quien primero la viesse.

A las dos horas después de la media noche (del día 12 de octubre) pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amañaron todos las velas y quedaron con el treto, que es la vela más grande sin bonetas, y pusieronse a la corda, temporizando hasta el día viernes, que llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de los indios *Guanabani*. Luego vieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en la barca armada, y Martín Alonso Pinzón y Vicente Anes, su hermano, que era capitán de la Niña. Sacó el Almirante la bandera real, y los capitanes con dos banderas de la Cruz Verde que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña con una F y una Y: encima de cada letra su corona con una de un cabo de la + y otra de otro. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes, y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron a tierra, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen por fe y testimonio cómo él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha isla por el Rey y por la Reina, sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron por escrito.

Luego se ayuntó allí mucha gente de la isla. Esto que se sigue son palabras formales del Almirante en su libro de su primera navegación y descubrimiento de estas Indias:

“Yo —dice él— porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra Santa Fe con amor que no por fuerza, les dí a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras muchas cosas de poco valor, con que hobieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos a donde nos estábamos, nadando, y nos traían papagayos e hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que mps ñes dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todos tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Más me pareció que era gente muy pobre de todo.

“Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de ima harto moza. Y todos los que yo vide eran todos mancebos, que ninguno vide de edad demás de treinta años: muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras: los cabe-

llos gruesos cuasi como sedas de cola de caballos, e cortos. Los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detras que traen largos, que jamás se cortan. Dellos se pintan de prieto y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco y dellos de colorado, y dellos de lo que hallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo y dellos solos los ojos y dellos sólo la nariz. Ellos no traen armas ni las conocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban por ignorancia.

“No tienen ningún hierro: sus azagayas son unas varas sin hierro y algunas de ellas tienen en la punta un diente de pez, y otras de otras cosas. Ellos todos suelen ser de buena estatura, de grandeza y buenos gestos, bien hechos. Yo vi algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos y les pregunté por señas qué era aquello, y ellos me mostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban cercas y les querían tomar y se defendían. Y yo creí y creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por cautivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, pues pronto repiten todo lo que les enseñó a decir, y creo que fácilmente se harían cristianos; pues me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a Nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a Vuestra Alteza para que aprendan a hablar. No vi ninguna clase de animal, salvo papagayos, en esta isla”. Todas son palabras del Almirante.

Sábado 13 de octubre. Luego que amaneció vinieron a la playa muchos de estos hombres, todos mancebos, como dicho tengo, y todos de buena estatura, gente muy fermosa; los cabellos no crespos, salvo corredíos y gruesos, como sedas de caballos, y todos de la frente y cabeza muy ancha, más que otra generación que fasta aquí haya visto, y los ojos muy fermosos y no pequeños, y ellos ninguno prieto salvo de la color de los canarios, ni se debe esperar otra cosa, pues está Lesteuoueste con la isla del Hierro en Canaria, bajo una línea. Las piernas muy derechas, rosas a una mano y no barriga, salvo muy bien hecha.

“Ellos vinieron a la nao con almadías que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo un pedazo, y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes, pues en algunas de ellas venían cuarenta o cuarenta y cinco hombres, y otras más pequeñas hasta haber alguna en que venía un solo hombre. Remaban con una pala como de hornero y anda a maravilla; y si se le trastorna luego se echan todos a nadar y la enderezan y vacían con calabazas que traen ellos. Traían ovillos de algodón filado y papagayos y azagayas y otras cositas que sería tedio de escribir, y todos daban por cualquier cosa que se les diese. Y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro y vi que algunos de ellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur o volviendo la isla por el Sur, que estaba allí un rey que tenía grandes vasos de ello, y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá y después vide que no entendían la idea. Determine de guardar hasta mañana en la



tarde y después partir para el Sudueste, que según muchos de ellos me enseñaron, decían que había tierra al Sur y al Sudueste y al Norueste, y que estas gentes del Norueste le venían a combatir muchas veces, y así ir al Sudueste a buscar el oro y piedras preciosas.

“Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes y muchas aguas y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer de mirarla; y esta gente harto mansa, y por la gana de haber nuestras sas y teniendo que no se les ha de dar sin que den algo y no lo tienen, tomanlo que pueden y se echan luego a nadar; más todo lo que tienen lo dan por cualquier cosa que les den; que hasta los pedazos de las escudillas y de las tazas de vidrio rotas rescataban, hasta que vi dar diez y seis ovillos de algodón por tres ceotis de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos habría más de una arroba de algodón filado. Esto defendiera y no dejare tomar a nadie, salvo que yo lo mandara tomar todo para Vuestra Alteza si hubiera en cantidad. Aquí nace en esta isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe, y también aquí nace el oro que traen colgando de la nariz; mas para no perder tiempo quiero ir a ver si puedo topa a la isla de Cipango. Agora como fue noche todos se fueron a tierra con sus almadías”.

Domingo, 14 de octubre. “En amaneciendo mandé aderezar el batel de la nao y las barcas de las carabelas, y fue al luengo de la isla, en el camino del Nordeste, para ver la otra parte, que era de la otra parte del Leste que había, y también para ver las poblaciones, y vide luego dos o tres, y la gente que venían todos a la playa llamándonos y dando gracias a Dios. Los unos nos traían agua; otros otras cosas que comer; otros cuando veían que yo no curaba de ir a tierra se echaban a la mar nadando y venían, y entendíamos que nos preguntaban si eramos venidos del cielo. Y vino uno viejo en el batel dentro, y otros a voces grandes llamaban todos hombres y mujeres: “Venid a ver los hombres que vinieron del cielo; traedles de comer y beber”.

“Vinieron muchos y muchas mujeres, cada uno con algo, dando gracias a Dios, echándose al suelo, y levantaban las manos al cielo y después a voces nos llamaban que fuésemos a tierra. Mas yo temia al ver un gran bajo fondo de piedras que cerca toda la isla, en derredor, y en medio queda hondo el puerto para cuantas naos hay en toda la Cristiandad, y la entrada de ello muy angosta. Es verdad que dentro de esta cinta hay algunas bajas, mas la mar no se mueve de allí, como si fuese el agua de un pozo. Y para ver todo esto me movi esta mañana, para poder dar de todo relación a Vuestras Altezas, y averiguar también donde poder construir una fortaleza, y vi un pedado de tierra a manera de isla, aunque no lo es, en que había seis casas, el cual en dos días se pudiera atajar y convertir en isla; aunque yo no veo ser necesario, porque esta gente es muy simplice en armas, como verán Vuestras Altezas de siete que yo hice llevar con nosotros para que aprendieran nuestra habla y volverlos, salvo que Vuestras Altezas, cuando mandaren, puédenlos llevar todos a Castilla o

tenerlos en la misma isla cautivos, porque con cincuenta hombres los tendrá a todos sojuzgados y les hará hacer todo lo que quisiere. Y después junto con la dicha isleta están huertas de árboles las más hermosas que yo vi, tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de abril y mayo, y mucha agua. Yo miré todo aquel puerto y después volví a la nao y di a la vela, y vi tantas islas que yo no sabía determinarme a cuál iría primero. Y aquellos hombres que yo tenía tomado me decían por señas que eran tantas y tantas que no había número y anombraron por su nombre más de ciento. Por ende yo miré por la más grande y aquella determiné andar, y así hago, y será lejos de esta de San Salvador cinco leguas y las otras dellas mas, dellas menos. Todas son muy llanas, sin montañas y muy fértiles y todas pobladas, y se hacen la guerra la una a la otra, aunque éstos son muy simples y muy lindos cuerpos de hombres”.

Hasta aquí el Diario de Navegación de Cristóbal Colón. Se guarda en la memoria el recuerdo de las tres Carabelas: La Pinta, La Niña y la Santa María, como tres símbolos de la aventura colombina.

Caracas, octubre de 1992.